

CARLOS RÍOS

Hikikomori
argentino





HIKIKOMORI ARGENTINO

Primera edición: noviembre de 2020

Segunda edición: marzo de 2024

© Carlos Ríos, 2020

© mini • Bulk editores, 2024

Girón de las Palmas 1295, Ñuñoa

Santiago de Chile

bulkeditores@gmail.com

www.bulkeditores.com

Imagen de tapa: Daniel García, sin título, 2024

[@danielgarcia1958](https://www.instagram.com/danielgarcia1958)

Producido en Chile & Argentina • *Produced in Chile & Argentina*

ISBN 978-956-6162-13-1

Derechos reservados.



bulk editores

[*la densidad aparente en el papel*]

CARLOS RÍOS

Hikikomori argentino



Ida
M

El primer hikikomori argentino del que se tiene noticia fue un gaucho oriundo de General Lavalle, de apellido Gauna. No se trata del gaucho malo o incivil al que se refería Sarmiento, tan difundido en las tareas escolares; este era un hombrecito esmirriado, casi mudo, sin familia a la vista, vida a tientas, que un día se encerró en el mismo galpón donde lo habían conchabado.

En el pueblo le adjudicaron a esta decisión de encerrarse —que al principio y por desconocimiento habían considerado un capricho amasado en la vagancia— un origen traumático: al morir sus padres, un familión de adictos a la filatelia se metió en la casa y lo sacó a puntapiés. No hubo leyes que lo ayudaran a defender su propiedad y ahí quedó, el muy pobre... hecho un tropiezo, tan chiquito, en la calle y a merced de las alimañas.

Así las cosas: en el galpón encontró el abrigo providencial que la calle le había negado. Diosito le dio techo, la Santa Virgen lo arropó con cueros y totoras. El patronaje lo dejó hacer y le dieron plazo hasta que arrendase una pieza. Con el pasar de los días, el hikikomori fue encontrando su forma, enfrascándose en las tareas de interior que en el inmueble eran vastas. Como quien dice, se inventó un trabajo. Y en el desorden de las herramientas —según cuentan sus biógrafos— acarició al gato maula de la plusvalía.

Los peones quisieron cargárselo para quedar favorecidos ante la patronal. A facón pelado se metieron en el galpón para hacerle bailar la refalosa. Ni lerdo ni perezoso, el hikikomori se hizo una bolita de fardo y por más que la paisanada escudriñó el lugar no pudieron encontrarlo. Se encogieron de hombros y arrancaron la jornada, con tanto indio y vaca por sacrificar no había tiempo para meterse con los entresijos de la anécdota. «¡Se juimo!» gritó el más sañudo y todos lo siguieron.

Por accidente, alguien se percató de su presencia porque las herramientas amanecieron ordenadas como por arte de magia. Se sorprendieron de que estuviera vivo. ¿Qué comería? Fue la única pregunta que se hicieron. La peonada, tan habituada a la supervivencia, no sabía que las ratillas y los tucu-tucu le llevaban restos de verduras y huesos mal trabajados. Las herramientas, otrora arracimadas en un quilombo ancestral, ahora se exhibían suficientes, bellas como objetos suntuarios. ¡Y en orden alfabético!

El boca a boca le dio sustento a la especie y lo dejaron tranquilo. Nunca unas tijeras de chuzar estuvieron tan afiladas; sobre el pelo del animal más fiero sonaban cristalinas y en el pecho del indio hacían florecer campos de tulipanes, tan rojos como el carbón que abre su negocio en las profundidades de una escena. Ni hablar de las azadas, los aperos, las hachuelas y los palos del yugo: hermosuras de la vida práctica que le rompían los ojos a quienes las vicharan.

No le decían, por esa época, «hikikomori» (palabra impronunciable para gente de faena). Nomás lo consideraban un «apartáu», palabra que designa menos a quien se relega por cuenta propia que a aquellas personas que son expulsadas por motivos jurídicos de una comunidad. En la palabra «gaucho» estaría condensada su condición fronteriza, de huérfano absoluto, un solitario a su pesar. El apellido Gauna había quedado muy atrás; al gaucho que le había echado cerrojo al mundo lo conocían como Tiento Sobao, por su destreza en el acto de trenzar cueros y darles el engrase apropiado para evitar desgarramientos.

Del aislado decían: «acá hay gato encerráu». Dos encierros en uno. A lo mejor el gaucho había tomado las mañas de un cusco galponero. O de un barcino, vaya a saber (en la historia nunca coinciden las puntadas con el hilo; algunas se dan en falso y hay que rebuscárselas). El asunto no se resolvía y el misterio se engrosaba como animal que al engordar en demasía se hace planta, echa raíces y al morir se multiplica en alfombras de barbecho.

La fuga a través del pastizal: una belleza de Oriente que el hikikomori argentino, equivocándose, desprecia.

En el galpón siempre había un lazo o una manea flamantes, orgullo de la paisanada. Además de promover gran eficacia en el trabajo manual, ganaban todos los certámenes en las kermeses y apilaban más indios en las comisarías que sus adversarios de General Conesa. Tales éxitos, de más está decirlo, nunca fueron atribuidos al hikikomori engalponado. Cuando un gaucho de otro paraje preguntaba por ese lazo de acabado tan perfecto, los lavallenses se hacían los pelotudos y respondían con evasivas, negándose terminantemente a vender cualquiera de esas piezas, envidia de los gauchos más atrevidos.

II

La calidad extraordinaria de su trabajo justificó para la peonada el deseo de encerrarse en el galpón, la desconexión con el afuera. Igual no se entendía cómo un gaucho, hecho de pura exterioridad, de repente quisiera vivir puertas adentro, valiéndose para hacer sus tareas de la luz apolillada que se filtraba por algún agujero del techo.

Los gurises lo espiaban, trepándose como garrapatas a las paredes de adobe o parados sobre las cabezas de los carpinchos; el hikikomori no se dejaba ver, se hacía el difícil. Capaz que era de tímido, nomás. Sin malas leches. Fiel a su estilo. Oficiaba de fantasma para los demás y en el galpón no había espejos: imposible la duplicación, la versión arrevesada de uno mismo: no le daba para hacerse el pícaro.

Habrased visto semejante escándalo nacional: ¡un gaucho dándole la espalda al horizonte! Desertización por la inversa: derroche, desperdicios, eso que ha perdido razones de remuneración. La cancelación de un paisaje, también (y de sus economías).

Ya en primavera se le anima al octosílabo: «Aquí me pongo a cantar/ debajo de este galpón/ a ver si puedo sacar/ del encierro, redención». Los escribe en el piso y antes de que los borre con el bigote de una nutria, los horneritos se los llevan hasta las pulperías. Allí el malentendido no se hace esperar. El apartáu, entonces, se cura en salud: al componer versos los reduce de inmediato en su cabeza, pues la dimensión colectiva del poema va en contra de sus principios.

Al apoyar la cabeza en una matra, el hikikomori es absorbido por el entorno que le da pan, techo y trabajo, depositándolo en otra realidad que excede, por mucho, la del encierro. «La única verdad es la realidad», dice para sus adentros (gracias al megáfono de la literatura podemos escucharlo). Aunque su realidad, su triste realidad (vista desde este lado) sea el abandono casi definitivo de los entramados sociales.

En octubre le llevaron una india. A mitad de semana la devolvió intacta, con las trenzas brillantes de grasa y una sonrisa en los labios. Le llevaron un indio. De noche se escuchaba la conversación en idiomas sin referencia. Quién sabe qué se dijeron esos dos: de misterios están hechas las grandes cosas. También el indio salió con las trenzas brillantes y no menos feliz.

La india se encerró en una taperita de allá lejos, especializándose en el arte del origami (la grulla consabida había sido reemplazada por el chajá); el indio, putativo de la Naturaleza, sobrevivió encerrado en un rancho construido con cortezas de tala. Su vivienda parecía aquel nido recién caído de un árbol que a cada golpe cambia repentinamente de escala.

A las puertas del galpón alineaba las herramientas. Optimista como siempre, la gurisada le llevaba charque, guiso y frutas. El hikikomori devolvía los platos tan relucientes que era posible separar en el reflejo gestos ajenos de los propios. Al verse en tales superficies, las vacas arrancaban estampidas hacia los cangreiales para sacarse, hundidas en el barro, esas imágenes de la cabeza.

En ese laboratorio de la dispersión que es el campo habita un yuyo excepcional: con ustedes, el hikikomori. Los viajeros ingleses apuntan el misterio en sus libretas y los fisonomistas, apadrinados por las imprentas europeas, dibujan el galpón con la pericia y estrategias de un joven Canaletto (o las de un Takenaka, por caso).

Así, a puro requecho, se forja la tradición. Ya no en la remanida deserción o el caudillaje, sino en aquello que propina su suburbio (qué atribuciones darle a un sujeto que hoy se autocomplace, deshilvanado de la historia).

Los de siempre quisieron tumbarle el galpón con la excusa de construir un paseo comercial y hasta allí llevaron sus topadoras; por suerte la ordenanza que declaró al inmueble de interés histórico fue firmada a tiempo. La sangre, como suele decirse, no llegó al río. Acá podría señalarse el comienzo del fin, porque el daño, de repente, «ya estuvo hecho». Basta observar la tristeza que embarga a la calandria cuando no halla en el galpón un sitio donde hacer nido. La retirada de las mujeres. El tren huyendo, igual que la lombriz.

Un día las herramientas aparecen sucias. Los paisanos las levantan y se van a los asuntos del campo. Como si nada.

Al cabo de unos años, nadie recuerda la historia. Con el cambio de siglo, la República entró en la modernidad y las desigualdades se hicieron costumbre. Arreció la pobreza y los gauchos migraron a la periferia de la Gran Capital. El galpón quedó librado a la buena de Dios; nadie supo si el hikikomori había roto el aislamiento impulsado por las redes del hambre o se rajó nomás, tan solo y sin tareas había quedado el campo. Se sabe que tuvo un paso fugaz por Florencio Varela, donde trabajó como recolector en predios administrados por comunidades japonesas provenientes de Okinawa.

«Siempre hemos preferido los reflejos profundos, algo velados, al brillo superficial y gélido» (Tanizaki).

En el galpón de General Lavalle hoy duerme el tractor de un autócrata sojero (parcial heredero de aquellos filatelistas: así las injusticias cuando llegan enlazadas). Ocultándose en la falsedad de la noche, el hombre entra a paso de cigüeña. No sabe que lo observan con propósitos destituyentes. Pone en marcha el vehículo, lo deja regulando y le tartamudea endecasílabos de amor, iluminado como un santo por el fuego de las quemas.

El amor, donde sea, llega con fuego. O no llega.

Vuelta



I

¿Y si la vida, a partir de ahora, fuera esto?

El encierro, visto como un imán recién comprado: no se sabe bien qué cosas atraerá y si esa capacidad de atracción podría anularse de la noche a la mañana. En mi caso, he perdido esa sensación y sólo puedo escribirla como un deseo. Tengo que decir que me he sentido un confinado en mis vidas anteriores. Hoy el encierro entra en la realidad (pues claro) y trae aquellas figuras que he sido (no estoy tan segura de que provengan de un pasado absolutamente cerrado). El confinamiento les entregó pasaporte plenipotenciario y recorro esas vidas anteriores con un aire de novedad, no exenta de episodios sombríos y acontecimientos que al separarme del mundo me hirieron. Quedan, entonces, esas heridas para las que no hay origen (juguemos); el aislamiento me pasa sobres por debajo de la puerta. A veces los guardo sin abrirlos.

Arranqué las ventanas que dan a la calle y las lavé con detergente. Pasó un carro y estuve a punto de regalárselas. En los ochenta se estilaba. En los noventa lo hizo el arte contemporáneo. Observo a través del vidrio una perfección que me anula. Un cerramiento de lo otro sobre sí mismo. Eso me alivia. Apartándome del mundo, soy otra cosa.

Envuelta en una frazada salgo de compras y me impacta el aire fúnebre, su aroma de flores derribadas. Vivir es como entrar en un poema del siglo XIX. No, ¡leerlo no! Mejor caminar sobre él y estropearlo a cada paso. El movimiento en las calles me aterra. Hay personas que salen todos los días. No sigo ese método y salgo cada ocho, cada diez. Quisiera ser una hikikomori perfecta y pedir comida, pero no me da el presupuesto.

El desinterés, decía, inversamente proporcional al conocimiento del entorno más próximo. Ejemplo: por el modo en que gira la llave en la puerta del edificio puedo adivinar de qué vecino o vecina se trata (lo verifico después mirando por la ventana: llevo la cuenta en un cuadernito y establezco el ranking de salidas). A veces se me escapa algún dato y me pongo mal. Es cierto: el encierro me tiene como una perra que, a fuerza de dar vueltas, se muerde la cola.

En el terreno del sueño aparecen indicios de ese mundo anterior. No hablo de infancias. No hablo del siglo xx. Hablo de una calle de tierra que ya no existe. Yo me encerraba en una carpa. Hacía torres de madera y las prendía fuego. Esas postales, lejos de darme una sensación de felicidad por los tiempos vividos, pronostican (ojo: para mí) la cancelación de los mundos por venir.

Allá había algo, y no era nuestro. Allá no hay nada, y todo será nuestro.

La representación de la Nada era una llanura —y sus reversos: la estepa y el desierto— y allí, en la línea del horizonte algo moviéndose, igual que hormigas, desde acá no podríamos dar certeza del fenómeno óptico: si en la Nada hay otra Nada moviéndose, o es en nuestros ojos donde se reproduce la película. No era un sueño vacío, tampoco una pintura de Kasimir Malévich, ni todo se ha vuelto japonés en esta reclusión.

«escribí dos novelas en medio de la pandemia, después las quemé... por temor, por miedo al contagio...»

Hacerse la comida a solas, de espaldas, como una enferma. No sin cierto egoísmo: más bien animada por las circunstancias y por un instinto de supervivencia cuyo territorio se reduce con el paso de las horas.

II

No tener un animal para escudarse: inventarlo dentro de una, cada día.

Frente al espejo, ensayo las formas del abrazo. La imagen de la que soy garante guarda distancia social. Nunca mejor dicho. Estamos en el umbral de una sociedad que tendrá que leer tutoriales para saber cómo los humanos demostraban su capacidad afectiva abrazándose (qué idea absurda: nadie podría suscribirla, la misma pretensión oracular ya la derriba).

En las veredas danzan cien mascarillas de colores. Me regresan al carnaval que vi en las pinturas de Brueghel. Los rasgos se extravían, en sus batallas me seducen. Sonríó, trato de ser correspondida y nadie se da cuenta. La pandemia pone del revés cada rostro: nadie es nadie (todavía no aprendimos a leer en los ojos). Lejos de angustiarme, entro en una caída feliz y vertical.

Coser libros me mantiene activa. Cuando junto los pliegos y los ajusto a las tapas que robé a los cartoneros no puedo evitar un pensamiento: son mis días plegándose. Si miro hacia atrás, el día anterior es el de entrada al aislamiento. La cascada de meses ya no ocupa lugar en mi cabeza. Lo que hago de día, el «oscuro animal» lo borra por la noche (Gelman). Quedo reseteada para el día siguiente. Nunca había vivido así, los días borrándose. Queda hoy. Mañana, este hoy no será nada. Hago la cuenta.

Sola como nunca, soy un contorno (el marco de una obra en el depósito de un museo). Encerrada dentro del aislamiento, incapaz de dimensionar el desastre exterior (la pobreza, la represión, los saqueos y las quemas de edificios públicos). A mi alrededor, los objetos se prescriben y anulan, entran en una lucha sin cuartel y el trofeo que se disputan, como una mala herencia, soy yo.

Un simple individuo, sin tropezar con obstáculo alguno,
oscurece el rincón donde está. (John Cage)

Al confinamiento en tiempos de pandemia nadie le cuenta las costillas. No es cierto: la vida hikikomori lo hace todo el tiempo (las cuenta con los dedos de los pies, borra y empieza con los dedos de la mano). Desde hace unos meses incurSIONÉ en la libroterapia: fabrico por semana un libro que nadie va a leer y que me deja sola, más sola de lo que estaba antes de escribirlo (para una hikikomori, eso es mucho decir).

Una mujer es arrastrada por dos jóvenes que, subidos a una moto, intentan robarle la mochila. Por esquivar la moto, un auto atropella a la mujer. Sueño que soy esa mujer, después sueño que soy los dos jóvenes, otro día soy el que maneja el auto. En la mesa dibujo un triángulo y en cada vértice ubico las figuras que soy. Trato de encontrar afinidades, puntos en común, acuerdos y disidencias, las formas del odio que buscan expandirse, hacerse una en todas las carnes (así la violencia, me explico). Imposible cerrar un ojo por semanas. Después pasa.

Me quedo observando cómo los objetos absorben la luz decreciente. Al prender la luz, me insultan. Con paños de oscuridad, los objetos construyen una selva de la que nunca voy a ser parte. Apago un ratito más. Me lo agradecen. Separo un libro y lo abro en cualquier página: «vegetación de los objetos», insiste Baudrillard.

Un hobby favorito: coleccionar *timelines* y capturas de pantalla. El mundo exterior hilándose, cada vez más fino. Cada vez más incomprensible. No quería dejar de mencionarlo acá por ser muy útil y barato (todo mi capital simbólico ahí).

Pasa un pájaro con una rama tan larga que en el aire la situación se invierte: es la rama que vuela llevándose un pájaro, una rama que sueña con un nido hecho de cientos de pájaros. Con esa rama escribe M. Cohen en las páginas de su novela: «todos los destinos están ante mí, abiertos como lotos».

Apunto cinco ideas de producción que bien podrían desarrollarse durante la pandemia: 1) publicar un libro por día con la misma editorial; 2) generar un proyecto editorial para cada libro; 3) un libro sin marcas editoriales; 4) como se ha dicho, un libro sobre nada; 5) como quien camina sobre el agua, ir hacia el libro inmaterial.

Ser la hikikomori de la película que pierde para siempre sus destinatarios y a modo de castigo, construye la biblioteca más inútil de todas. Estás leyendo esto porque hubo un cambio repentino de planes: la voluntad simultánea de testar (y testear), dos prácticas que durante el confinamiento fueron integrándose, hasta hacerse una sola.

Soy la que se mueve dentro de un árbol y nadie ve (no la savia, sino el alma del árbol). Con idiomas de árbol leo el mundo en cada una de sus hojas y recupero restos de oraciones en sus hojitas caídas; un mundo fuera de mi radio de percepción, hermoso y listo para ser adivinado.

Y perdido para siempre el rumor del corazón, ser feliz. Ser la caja que nos guarda del exterior. Adivinarse en sus objetos. No vivir más en la historia recetada. Irse quedándose, nomás. Como una estatua separada de las razones que alguien tuvo para construirla.

Quedarse para siempre adentro, ir olvidándose del resto del mundo y sumergirlo en un océano.

CARLOS RÍOS

Nació en Santa Teresita, Argentina. Entre sus libros destacan *Un shock póstumo* (2017), *Manigua* (Argentina, 2009; España y Brasil, 2016), *Cuaderno de Pripyat* (Argentina, 2012; Francia, 2016 y Brasil, 2022), *Cielo ácido* (2014; Chile, 2016 y España, 2017), *Obstinada pasión* (Chile, 2015) y *Rebelión en la ópera* (2015). En el año 2005 fue declarado visitante distinguido por el Ayuntamiento de Huejotzingo, México. Actualmente integra el consejo editor de *BazarAmericano.com*, dirige el proyecto editorial Oficina Perambulante y coordina talleres de escritura y producción editorial en cárceles de la provincia de Buenos Aires.

Contenido

Ida	5
Vuelta	33
Sobre el autor	61



Este libro,
tanto en su versión impresa como digital,
se terminó de componer en Ñuñoa, Santiago de Chile,
en las oficinas de
bulk editores
el 11 de febrero de 2024.

Para el interior,
se utilizó la tipografía EB Garamond
(de Georg Duffner)
en sus tres variantes principales (12 / 17)
y la familia IM Fell DW Pica
(de Iginio Marini),
que también aparece en la portada.



una idea,
un fragmento,
una lista,
unos versos,
un texto que no termina
y sin embargo empieza,
un gesto,
un resplandor, un decir,
algo inconcluso
que habla

Ñuñoa • Santiago de Chile
2024

ISBN 978-956-6162-13-1

